

¿Paz en Centroamérica?

Hoy se cumplen 20 años de la firma del acuerdo de Esquipulas II, el pacto entre los cinco presidentes centroamericanos que permitió iniciar un triple proceso de pacificación, democratización e integración de Centroamérica y que recibió, en la persona del presidente costarricense Óscar Arias, el Nobel de la Paz de 1987. Dos décadas después, sin embargo, los que en su momento fueron calificados como los mejores acuerdos de paz de la historia han quedado hipotecados por su escasa implementación y no han sido capaces de subvertir la situación de violencia estructural y crisis económica, política y social en la que se halla sumida Centroamérica.

Durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX, y especialmente durante los años ochenta, los cinco países centroamericanos se vieron afectados de un modo u otro por la guerra. En Guatemala, El Salvador y Nicaragua se libraron cruentos conflictos armados entre guerrillas alentadas e inspiradas por la revolución cubana y regímenes militares que habían detentado el poder de forma autoritaria desde los años treinta al amparo de las políticas de contención del comunismo. Los otros dos países del istmo, Honduras y Costa Rica, también se vieron afectados por la conflagración bélica no sólo por el flujo de personas refugiadas, sino también porque su territorio fue utilizado por la llamada Contra nicaragüense para luchar contra el Gobierno sandinista.

Precisamente el triunfo de los sandinistas en 1979 fue el hecho que convirtió a Centroamérica en uno de los principales escenarios de la guerra fría. Desde la perspectiva estadounidense, la consolidación de un eje La Habana-Managua y la posibilidad de los subsiguientes triunfos revolucionarios en Guatemala y El Salvador, todo ello a escasos kilómetros de sus fronteras, suponían un serio revés a su confrontación geoestratégica con la Unión Soviética, que en ese mismo año había invadido Afganistán y había visto la revolución del ayatolá Jomeini en Irán. En efecto, la derrota de Somoza y el triunfo sandinista provocaron cierta euforia revolucionaria en la región (“¡Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá y Guatemala le seguirá!”) y pusieron en estado de alerta máxima a Estados Unidos y los regímenes militares de

Centroamérica, que no dudaron en impulsar unas estrategias contrainsurgentes enormemente brutales. En Guatemala, según reconocieron las Naciones Unidas, el Estado perpetró actos de genocidio contra las comunidades mayas en su intento de restar apoyo social a la guerrilla (“quitarle el agua al pez”). En El Salvador, los escuadrones paramilitares llevaron a cabo violaciones masivas de los derechos humanos para combatir a las tropas insurrectas. En Nicaragua, la Administración Reagan abor-



JAVIER AGUILAR

A PESAR DE QUE ES absolutamente improbable el retorno a las armas, el balance que puede hacerse en la región es claramente negativo

tó el potencial transformador de la revolución sandinista a través de la asfixia económica, el aislamiento diplomático y la creación de grupos armados opositores al Gobierno sandinista, la Contra, que llevaron al país a una dura guerra durante los años ochenta.

Ya desde mediados de los años setenta habían empezaron a proliferar numerosas iniciativas internacionales para contener la crisis centroamericana, pero no fue hasta la segunda mitad de los ochenta que todos estos intentos de pacificación cristalizaron en el acuerdo de

Esquipulas II, un proceso de concertación política al más alto nivel que gozó del apoyo de la ONU y la OEA y que propició la alternancia democrática en Nicaragua (1990), los acuerdos de paz de El Salvador (1992) y Guatemala (1996), la desmovilización de decenas de miles de soldados y guerrilleros o el establecimiento de algunas instituciones regionales comunes.

A pesar de que el camino andado en Centroamérica es irreversible y de que es absolutamente improbable el retorno a las armas, el balance que puede hacerse en la región treinta años después de la primera iniciativa internacional de paz, veinte después de Esquipulas y diez después del acuerdo de paz en Guatemala (el último en la región) es claramente negativo. Los índices de desarrollo humano son los más bajos de todo el continente y el apego a las instituciones democráticas decrece al mismo ritmo que se incrementan la exclusión social y la desigualdad. La identidad regional está escasamente arraigada y la integración sigue siendo una utopía en la que ningún país parece creer, de modo que todos miran hacia el norte en busca de tratados bilaterales de libre comercio. Los índices de homicidios se cuentan entre los más altos del mundo y en algunos casos se acercan e incluso superan las cifras de la época de los conflictos armados. Además, y lo que es

peor, el incremento de la delincuencia común y la expansión del fenómeno de las maras están provocando tal psicosis en las sociedades centroamericanas que los gobiernos aplican con total impunidad e incluso con ciertos réditos electorales políticas represivas de mano dura que vulneran sistemáticamente los derechos más fundamentales.

En definitiva, Esquipulas ha supuesto sin duda el intento más ambicioso de la historia de Centroamérica de superar las enormes contradicciones que se acumulan en las estructuras de poder desde hace como mínimo un par de siglos y que estallaron con toda su virulencia en los años ochenta. Sin embargo, Esquipulas no consiguió aglutinar a su alrededor una mayoría político-social suficiente para erigirse en una verdadera agenda de cambio y transformación para Centroamérica. Lo cual, vista la evolución de la región en las últimas dos décadas, lleva a muchos a plantear la idoneidad de un Esquipulas III para que, aprendidos los errores del pasado, Centroamérica pueda repensarse y reinventarse de nuevo.●